

Carlos Linares (ex secretario de Blasco Ibáñez)

EN LA INTIMIDAD DEL GENIO

*El Almanaque de Valencia 1934* (pp. 167-168)

Recoger el aliento del espíritu del hombre que fue Blasco Ibáñez, es para mí ventura que dejó huella indeleble en el derrotero de mi vida. Los hombres que saltan la frontera del mediano término de la vulgaridad, que brincan sobre el mate de los inquietos, y esmaltan, con brillo de grandeza, muchedumbres, pueblos, y hacen solar propio las cimas del arte, de las ideas y del pensamiento, tienen siempre, allá en los grandes vuelos de la túnica de su gloria, inéditos pliegues que, en su intimidad, cuando viven los momentos ingenuos de sencillos humanos, merecen, quizá, más reverencia que sus gestos externos.

Honorato de Balzac, el sufrido esclavo de la vida, que, como Blasco, dejó un mar de papel escrito, decía, contemplando a París desde lo alto del ventanal de su buhardilla: «París, tú serás mío».

Blasco Ibáñez ganó al padre de la novela moderna, en estrategia de gloria; Blasco, con su raza de almirantes, y de aventureros, y de centauros que surgen y surgieron y surgirán de sus novelas de epopeya, había ganado en vida, no solo el valor de la gloria, sino su precio que, como el soneto o epitafio, dice de Cervantes: «con su pluma rindió un mundo en pedazos a las plantas de la muerte».

De ese Blasco, almirante y comendero de la gran nave conquistadora, de ese Blasco que en Menton-Garavan, en el dionisiaco recoleto del Jardín de los Novelistas reunía, como el manco glorioso en su Viaje al Parnaso, a Balzac, Victor Hugo, Dostoievski y a Cervantes, redimiéndolos de su esclavitud de galeotes, de aquellos forzados trabajos a que la miseria humana les condenó antes de rendirles la grandeza.

Blasco Ibáñez, trabajador formidable, arquitecto de las más audaces concepciones del pensamiento, desbastaba continuamente, en la cantera inmensa de su biblioteca, robustos sillares para sus nuevas creaciones.

Golpean en mi pecho, como agudos resortes de evocación alucinantes, el tableteo breve y menudo del teclado dactilográfico que yo mismo, *marionette* de aquel coloso, agitaba, convirtiendo en líneas que no habían de morir nunca aquel torrente caudaloso que, como en las grutas de leyenda, iba transformando su verbo cabalgador en gemas imperecederas para las páginas de sus novelas, de aquellas novelas de apoteosis que abarcaban reciamente la epopeya de dos mundos, la rauda cabalgada de seis siglos.

En aquellos instantes en que entre el Mediterráneo azul y quieto de la Rivière y las breves pendientes de los viejos Alpes, en la amplia galería de su estudio, donde llegaban los reflejos de los naranjos charolados por el sol, donde las mayólicas de Manises y de Paterna llenaban de nostalgia aquel recio valenciano que miraba siempre a poniente, aferrado en su Valencia, como cumbre infinita de su vida; las pisadas temerosas de un sirviente interrumpían su labor. Entonces crispábase el coloso, agitando su pasión de levantino, en un arranque de indignación nerviosa que conmovía la estancia.

—¡Qué quieren! ¡Quién es!

Cortado por aquella avalancha de frenesí, el criado anunciaba un embajador, un político eminente, un presidente de República, un príncipe destronado...

—¡Nada! Que nadie me interrumpa. Que les den una fotografía. Ese país cabe en la palma de mi mano, mis novelas llenan todo el mundo...

Y seguía dictando.

Luego, una hora después, volvía más temeroso aún, temblando, la misma sirviente a anunciarle:

—Señor don Vicente, un matrimonio que dice ser valenciano desea verle. Le he puesto reparos; les he dicho que estaba trabajando...

—¡Mal hecho! —interrumpía don Vicente hecho un basilisco—. ¡Que pasen enseguida!

Y unos modestos visitantes, valencianos fervorosos que querían ver de cerca a «don Visent», entraban con los honores más augustos en aquella mansión, cerrada para los grandes, pero no como ellos, que tenían la grandeza de ser valencianos.

El trabajo por aquel día había terminado. Blasco con aquellos valencianos, a los que asaetaba a preguntas por su Valencia, volaba hacia esta tierra, ponía en su mesa los manjares exquisitos que de esta tierra se hacía llevar a Francia, y aquel día, en que había detenido su fecundidad de novelista, agrandaba su corazón de valenciano, y a través de su mar, incorporaba el paraíso de Villa Fontana Rosa al luminoso vergel de la vega valenciana, como si en lo alto del palacete de la Malvarrosa continuara viviendo en aquellos días en que sus brazos de atleta de la raza valenciana dormitaban al niño de nuestro pueblo con canciones de gloria, de arte y de libertad.

Valencia, diciembre 1933